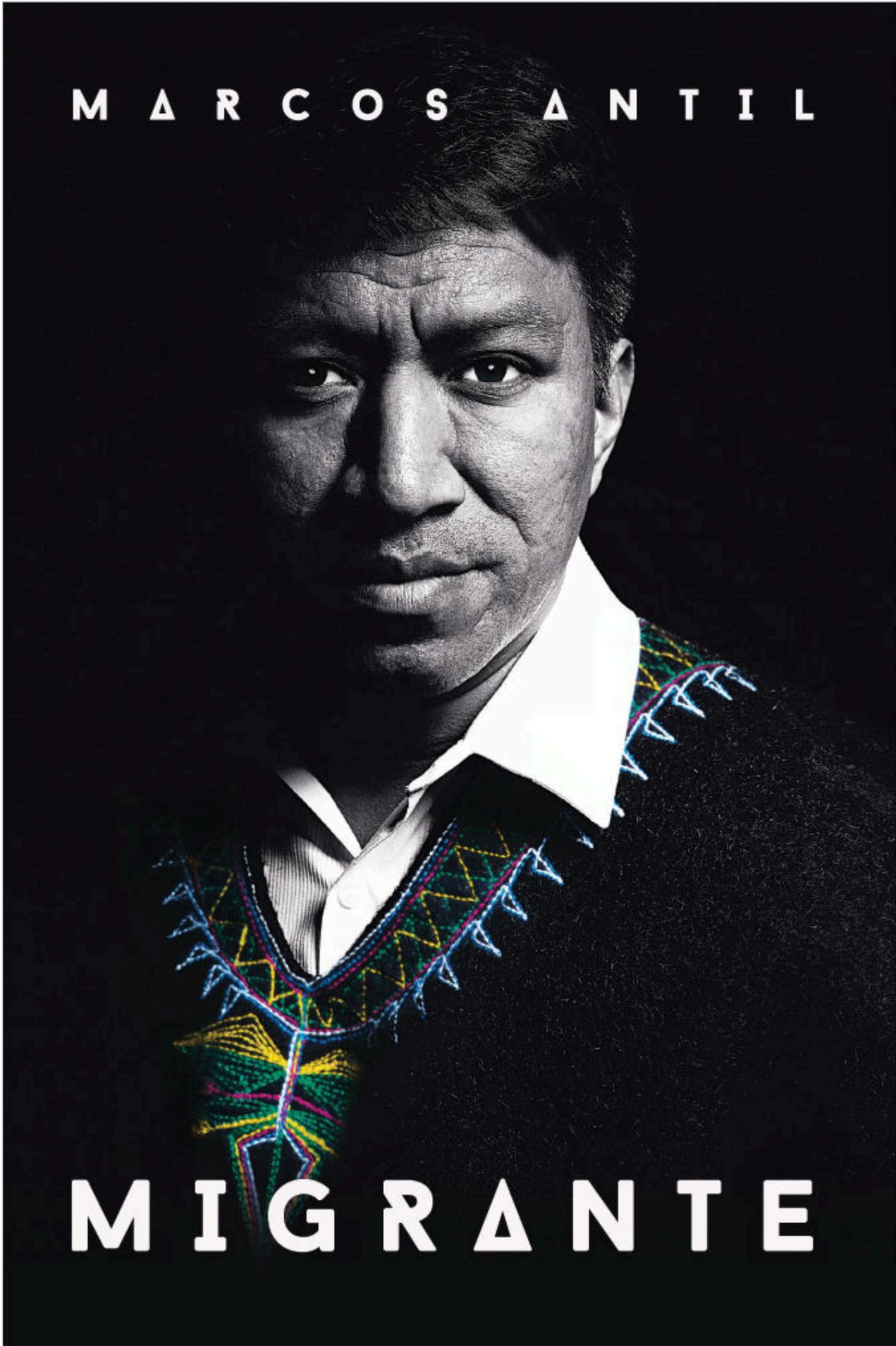


M A R C O S   Δ   N T I L

M I G R A N T E



# M I G R A N T E

Soy maya q'anjob'al, guatemalteco, migrante, hijo, hermano, esposo,  
padre y emprendedor tecnológico: mis raíces son mi fortaleza y  
nuestra historia, mi testimonio.

M A R C O S   A N T I L

Copyright © 2022 Marcos Antil

Todos los derechos reservados

Tercera edición: Noviembre de 2022

m@MarcosAntil.com

**Prólogo: Rigoberta Menchú Tum, Premio Nobel de la Paz 1992**



MarcosAntil.com

Colaborador: Gustavo Montenegro

Fotografía de portada: Yana Antil, @yanastar\_art

Dirección fotográfica de portada: Emilio Méndez, Saúl

ISBN: 978-1-096708-56-8

Queda prohibida, sin autorización escrita del titular del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler.

*Para Yana*

He de confesar que la vida me ha enseñado que debo ser un servidor.  
Si en algún momento olvido mi propósito de servicio, la vida me dará  
soledad.

# ÍNDICE

Txutx, yuj wal tioxh	i
Prólogo	vii
1 Los Ángeles, California	Pág. 1
2 Con el ombligo en un árbol	Pág. 13
3 Adiós Santa Eulalia	Pág. 19
4 El niño perdido y hallado	Pág. 27
5 Lucía y Marcos	Pág. 39
6 El vuelo de una palomita	Pág. 49
7 La herencia que salvó mi vida	Pág. 55
8 Sangre de nuestra sangre	Pág. 63
9 Cocolá Grande	Pág. 79
10 Fuego en las montañas	Pág. 91
11 Casa Vacía	Pág. 103
12 El patojo del pelo largo	Pág. 113
13 Coyote y corre caminos	Pág. 125
14 <i>Welcome to the USA</i>	Pág. 135
15 Un q'anjob'al más en Los Ángeles	Pág. 147
16 Al maestro con cariño	Pág. 163
17 Y justicia para todos	Pág. 171
18 Un puente por construir	Pág. 179
19 Migrante, a mucha honra	Pág. 193

20	Instantes perfectos	Pág. 201
21	Siempre es posible reprogramarse	Pág. 207
22	Siete segundos	Pág. 217
23	Volver a vivir	Pág. 229
24	Llega el tiempo de florecer	Pág. 237
25	Siempre hay un nuevo <i>day</i>	Pág. 245
26	Lanzarse a volar	Pág. 251
27	Mi bella Guatemala	Pág. 259
28	XumaK	Pág. 265
29	Un sueño guatemalteco	Pág. 275
30	Un ángel entre las estrellas	Pág. 287
31	Todos Somos Marcos	Pág. 297
	Acerca del Autor	Pág. 305

TXUTX, YUJ WAL TIOXH

Las montañas se despiertan con neblina en los ojos y hojarasca en las manos, mientras las piedras mojadas les dicen buenos días a los pies descalzos de la niña Lucín Cuxin<sup>1</sup>. Ella se dirige, sendero arriba, para dejar comida al tío León. Él salió a los campos mucho antes que el sol para levantar la cosecha. Bondadoso, siempre defiende a Lucín cuando su mamá se enfada y la quiere castigar por no haber lavado bien la ropa, por no avivar el fuego de leña o por no moler debidamente la masa para las tortillas.

Los pasos de aquella niña —que con el tiempo fue nuestra mamá—, su mirada al atardecer, sus trabajos agrícolas en la montaña y también los suspiros de esperanza sobreviven en la brisa del municipio de Santa Eulalia, departamento de Huehuetenango, Guatemala y sus aldeas, por años, por décadas, porque cuando ya estaba lejos de su tierra, emigrante en Los Ángeles, California, junto con mi papá y nosotros, ella retornaba ya fuera en sueños, dormida o despierta. Regresaba a las veredas, a los bosques, a los surcos recién arados, como si el tiempo no hubiera transcurrido. De cuando en cuando nos contaba historias de su trabajo en las siembras, los anhelos incumplidos de ir a la escuela, las interminables jornadas en fincas lejanas que revivían en su memoria como si la distancia no existiera, como si la luz de aquellas mañanas se hubiese quedado quieta para siempre; como si ella nunca hubiera salido de Chibal Chiquito, su aldea natal, cuyas casas parecen aretes en cada loma.

Pero la distancia existió y el exilio fue real. El tiempo continuó inexorable, la neblina se disipó en lentos remolinos, se volvió a condensar en tantas mañanas, formó cabezas de animales, flores y

---

<sup>1</sup> Lucía Marcos, en q'anjob'al

rostros que el viento devoró. Los campos sonrieron con sus dientes de maíz en tantos y tantos inviernos que alimentaron la transparencia de los ríos rumorosos, mientras el trigo jugaba a ser mar sobre las laderas.

Mamá soñó siempre con regresar a Santa Eulalia para refugiarse en la humilde casita de paredes de barro y tejas de madera, encender el fogón para iluminar la noche, ver desde el campo al sol salir para dar vida a las siembras y sentarse a contemplar el jugueteo del agua cristalina a los lados del camino después de un aguacero. Pero a la vez supo que aquello no era factible, porque las vidas, carreras y emprendimientos de sus hijos, así como las sonrisas de sus nietos, florecían en el entorno estadounidense, aunque lleváramos con orgullo las raíces de nuestra historia q'anjob'al<sup>2</sup>.

Ahora, por fin, está aquí, a punto de ser recibida por la misma tierra que añoró. Mamá, aquí está papá, aquí estamos tus hijos: Andrés, el sabio protector; Juana, que murió a los 4 años pero que vive en nuestros corazones; Leonardo, el paciente guía de grandes metas; yo, Marcos, que llevo en mis memorias y mis pasos esos sueños misteriosos que me relataste; Eulalia, siempre generosa y abnegada; María, cuyo semblante amable encierra una gran fortaleza; Antonio, el entusiasta hombre de familia, siempre con grandes metas; Juanita, la excelente profesional de alma sensible al servicio de los demás, y Abdías, el único que nació en Estados Unidos pero que respira con gran orgullo nuestro espíritu maya q'anjob'al.

---

<sup>2</sup> Para escribir el nombre de este pueblo indígena se utilizará la grafía recomendada por la Academia de Lenguas Mayas de Guatemala.

Todos juntos agradecemos en esta mañana blanca a Dios, a la vida, por haberte tenido, madre.

Es 21 de marzo de 2016. La lluvia es incesante. Cae como si llorara junto a nosotros en tu sepelio. Esta es una despedida, pero también una bienvenida, con este gran retorno espiritual, amado, anticipado, milenario, para hacer realidad tu anhelo de ser montaña, cielo, rayo de sol, piedrecilla, milpa naciente, floescencia y aguacero. Hoy pasas a ser nuestro ángel del cielo.

Ahora eres libre, mamá Lucín. Gracias por compartir tu corazón y dejarnos tanto de ti dentro de nosotros.

Te extrañaremos.

## PRÓLOGO

La vida de Marcos Antil, reflejada en el “MIGRANTE”, es un testimonio vivo de verdad legítima que deja gotas de humanidad en cada una de sus páginas. Despierta la conciencia humana y rompe el silencio sobre la crueldad que viven los más desposeídos del planeta, convirtiéndose en un relato que representa memoria colectiva.

Detrás de sus letras se susurra sabiduría de nuestros ancestros Mayas y la bondad de sus consejos. Marcos Antil, dejó huellas cuando se enfrentó a la incertidumbre, la soledad, el miedo y el desamparo ya que avanzó a pesar del dolor y la tristeza, convirtiéndolo en el héroe de su propia historia.

Lo más admirable del autor es como ilustra siempre la presencia de esperanza y fe, de ternura, de sonrisa de niño, de creatividad y de triunfo, y como esta visión lo llevo siempre a concretar sus sueños. Es ejemplo de fortaleza.

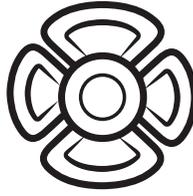
Leer esta obra, deja en el corazón del lector una sensación de paz y armonía. Marcos Antil es un nieto de los Mayas, que posee un bastón de autoridad desde su gestación dado por la bendición del Ajaw Q’uq Kumatz, impregnándolo de la magia de Paiconob y la protección del abuelo árbol en Paxil Kayala quien lo recibió en sus ramas donde fue colgado su ombligo.

La profundidad de las huellas del tiempo se sienten al abrir las páginas de la memoria de su padre, los sueños de doña Lucín Cuxin, la muerte de la pequeña Juana y la investidura de Marcos Antil con el sagrado güipil, toda esta realidad es impactante y solo la grandeza de la dignidad puede desafiarla.

Marcos Antil nos recuerda que somos seres humanos plenos, dignos, triunfadores y con una gran relación ancestral, que proviene desde la profundidad de nuestra madre Tierra. La vida de Marcos Antil, es emocionante e inspiradora, nos invita a curar el alma de odios, rencores o envidias y demuestra que no hay nada imposible.

Rigoberta Menchú Tum

Maya K'iche', Premio Nobel de la Paz 1992



1

## LOS ÁNGELES, CALIFORNIA

1990: El golpe de vapor fue tan rápido que me fue imposible verlo venir. En la mitad de un instante la nube caliente a presión estaba sobre mí y en la otra mitad ya se disipaba mientras yo me sujetaba el antebrazo adolorido. Seguramente grité, pero no recuerdo más ruido que el de un resoplido mecánico ardiente. Por milagro no me quemé la cara y el cuello, que logré apartar casi instintivamente, pero el ardor relampagueante de la quemadura, que me llegaba casi hasta el hombro, era espantoso, insoportable, penoso, pero dolían más las voces que resonaban en mis oídos.

Fue solo un pequeño pero desastroso descuido frente a la planchadora industrial en la fábrica de ropa donde, a fuerza de insistencia, había conseguido un *summer job*<sup>3</sup>. Aquel era el único trabajo al que podía aspirar un adolescente de 14 años, migrante, maya q'anjob'al, guatemalteco, cerca del *Downtown*<sup>4</sup> de Los Ángeles, a 4,500 mil kilómetros de mi aldea natal, Nancultac, municipio de Santa Eulalia, departamento de Huehuetenango,

---

<sup>3</sup> Empleo de verano durante las vacaciones de la escuela.

<sup>4</sup> Centro urbano

Guatemala cuya tranquilidad añoraba al mirar aquellos interminables *freeways* con diez carriles de vehículos, cuyas apacibles lomas verdes imaginaba mientras vivíamos encerrados en pequeños cuartos de alquiler dentro de conjuntos de apartamentos habitados por otras familias migrantes de Guatemala y del resto de Centro América. Habíamos llegado a Los Estados Unidos para salvar la vida, huyendo de una guerra que segaba vidas indiscriminadamente en ciudades, pueblos, aldeas y caminos. En aquel traumático y obligado nuevo comienzo nos tocaba, como a tantos miles de indocumentados de Latinoamérica y otros continentes, buscar cualquier oportunidad de trabajo para poder pagar techo y comida.

Mi plan original era que al llegar a Los Ángeles iba ir a trabajar en costura—como lo hacía el resto de mi familia. Para mi gran sorpresa, en Estados Unidos, es ilegal a que los niños trabajen. Mi mamá me dijo que debía estudiar. Cerca del edificio de apartamentos donde vivíamos quedaba la escuela secundaria, por lo que lógicamente pensé que ahí iba ir a estudiar. En octubre había terminado el último grado de primaria en Guatemala, y en noviembre viajé para reunirme con mi familia, que ya se había establecido en un suburbio de Los Ángeles. Recién había cumplido 14 años el 4 de octubre, pero todavía no tenía la edad mínima para la secundaria estadounidense, que se guía más por ese factor que por la numeración de los grados. Así que debí pasar tres meses en la llamada *Middle School*. Después entré directamente a los cuatro años de *High School*<sup>5</sup>: un paso que no fue nada sencillo.

Para ingresar a la escuela se debía cumplir varios requisitos: exámenes médicos, vacunas y presentar cierta papelería. Esto último fue un poco difícil para un joven migrante indocumentado. Don Matías Felipe, el pastor de la iglesia “Cristo Pronto Viene” a la que asistían mis padres, les ayudó para dar referencias de la familia y les consiguió cartas de recomendación.

---

<sup>5</sup> Una especie de diversificado estadounidense que tenía una duración de cuatro años.

## M I G R A N T E

Aquel gesto desinteresado fue el primer gran espaldarazo para integrarme al sistema escolar estadounidense. Pero en aquel momento yo no lo veía así. Después de unos cuantos días, las ganas de estudiar se hicieron polvo: la escuela me resultaba una aburrida, sobrepoblada y absurda prisión.

Era una tortura ir a clases.

No tenía amigos.

Era un idioma diferente.

Estaba totalmente desubicado, perdido. Me sentía relegado.

No quería estar allí. Deseaba ganar dólares, tal como lo contaban familiares de migrantes allá en el pueblo.

Ansiaba trabajar y cobrar un sueldo por hora, como lo hacían mis hermanos mayores, Andrés y Leonardo, junto con mi padre, Marcos Andrés. Ellos pasaban largas jornadas en las plantas de confección de ropa, coloquialmente conocidas como factorías, instaladas en barrios periféricos, para sostener a mi madre Lucía y mis hermanos, para pagar los “biles” — cuentas del gas, electricidad y deudas. La necesidad era tanta que hasta mi mamá tuvo que buscar un empleo en otra factoría.

Yo quería ganar dinero para comprarme ropa, zapatos tenis, gorras, un *walkman* y también para gastarlo en los *arcades*, aquellos locales alucinantes donde se concentraban decenas de maquinitas de videojuegos. Allí, el tiempo volaba: entrabas de día y salías de noche. Se podía pasar horas a bordo de una nave espacial, de un auto de carreras o brincando obstáculos digitales sobre pantallas de mundos irreales.

Mi principal cómplice en aquellas incursiones era mi primo Marcos, a quien también le pusieron este nombre por la misma razón que a mí: porque de ambos abuelos, uno paterno y otro materno, eran de apellido Marcos. Por eso, para distinguirlo le llamábamos Maco.

Fueron ratos divertidos e inolvidables en medio de sonidos de disparos, puntos devorados, balaceras inofensivas y personajes derretidos.

Aquello era tan hipnotizante, por no decir adictivo, que una vez me gasté más de 40 dólares entre *Mortal Kombat*, motocicletas a toda velocidad y guerreros solitarios que morían una y otra vez, pero bastaba con meter otra *cuora*<sup>6</sup> para continuar peleando contra inexplicables enemigos que se reían al “matarme”. Otra moneda, otra vida, y así hasta que se acabaran.

Maco fue para mí como un hermano en aquella soledad de destierro. De pequeños, cuando estuvimos en Santa Eulalia, vivimos tardes divertidas, compartimos nuestras ilusiones, descontentos, búsquedas, sueños... y también en la adolescencia, en Los Ángeles. Cuando llegué a la edad de obtener permiso para manejar auto, fue él quien me enseñó a conducir. También aprendimos inglés juntos; nos inscribieron en clases que recibíamos por las tardes para agilizar nuestra integración al sistema educativo de Los Estados Unidos.

Por eso lo lloré mucho cuando se nos adelantó. Un cáncer se lo llevó cuando apenas tenía 26 años. Nunca olvidaré su sonrisa mientras corríamos de vuelta a las maquinitas hipnóticas, a escondidas de nuestros padres. Sabíamos que el regaño era seguro, que nos jalarían las orejas, pero no importaba....

—¡Estudiá! —me repetían mi papá, mi mamá, mis hermanos y mis tíos, pero yo no quería. Odiaba las clases porque todas las materias se enseñaban en inglés y, aunque la mayoría de los alumnos eran latinos, yo no entendía absolutamente nada.

La única asignatura que me gustaba era matemática porque los números y sus operaciones aritméticas, algebraicas o geométricas resultaban una especie de lenguaje universal, aunque no las veía como algo que fuera a ser realmente útil para mi vida futura, excepto para contar el dinero que ansiaba ganar.

---

<sup>6</sup> Pronunciación coloquial en inglés de “quarter”, la moneda de 25 centavos de dólar estadounidense.

—¡Yo quiero trabajar! —le decía a mi familia—. ¡Consíganme un trabajo en la factoría!—. Pero debido a mi edad y a las leyes laborales de Estados Unidos, no podían darme un empleo fijo. Había que esperar las vacaciones escolares de verano, que van de junio a agosto, lo cual francamente se hizo interminable.

Por fin, un día mi papá, que muy probablemente sabía lo que iba a ocurrir, me dijo:

—Está bien, ya arreglamos todo para que tengas un empleo de verano.

En la fábrica donde ellos trabajaban no había plazas vacantes, pero el tío Palín<sup>7</sup> me consiguió una en la fábrica, donde él trabajaba.

No podía entrar a las labores mejor pagadas, como cortar telas o coser piezas de pantalones y camisas, pues, debido al tamaño de la maquinaria, las labores resultaban demasiado pesadas y minuciosas para un adolescente como yo, aunque para entonces ya me creía todo un hombre.

Tuve que elegir entre *trimear* —recortar los hilos y trozos de tela sobrantes— o planchar las prendas terminadas. Escogí operar la planchadora a vapor porque la tarea se limitaba a colocar las piezas terminadas sobre una base, bajar la prensa y soltar sobre ellas el calor: un resoplido hirviente que las dejaba listas para el empaque.

Aquello era pan comido para un muchacho tan listo como yo. Además, lo pagaban mejor en comparación con *trimear*.

Mentalmente hacía los cálculos de lo que ganaría en 2, 4 u 8 horas; en 2, 4, 8, 16 y más días. ¡Qué fácil! y sin tener que repasar las odiosas lecciones, escuchar al aburrido profesor o entregar tareas.

Creo que mi mamá se asustó cuando supo que mi padre decidió dejarme tomar el empleo, y si acaso estaba enterada del plan, lo disimuló muy bien.

---

<sup>7</sup> Bernabé, en q'anjob'al

Yo había acompañado en algunas ocasiones a mi papá y hermanos a ver lo que hacían en la fábrica, así que tenía totalmente dominado, en mi mente, el uso de la plancha.

Los coreanos, dueños de las plantas, eran bastante exigentes, y muy gritones, sobre el rendimiento del tiempo: *time is money*<sup>8</sup>. También vigilaban mucho la calidad de las piezas, pero nada de eso sería problema para mí. Sobre todo, porque en el último año que viví en mi pueblo, en la escuela parroquial de Santa Eulalia, impartieron talleres de varias ocupaciones y yo había tomado la clase de sastrería, así que me sentía con el conocimiento suficiente para hacer cortes de tela y también usar máquinas de coser. Claro, las del pueblo eran de pedal, mientras que en aquella fábrica eran eléctricas y muy veloces.

Nadie me gana en esto, pensé. Colocaba el pantalón, presionaba el pedal, venía el soplido caliente, listo y a repetir el proceso del otro lado de la prenda. Una manga, la otra, al revés y de nuevo. El siguiente pantalón o una camisa. Da lo mismo. ¡Qué sencilla manera de ganar dinero!, pensé. El primer mes pasó volando. Los dólares me deslumbraron.

No sé en qué estaba soñando. Quizá estaba haciendo la cuenta de los días que faltaban para regresar a la escuela. ¡Ya falta poco y no quiero ir a clases! me repetía a mí mismo cuando algo me devolvió a la realidad: un chorro de vapor se me vino encima. ¡Ay, Dios mío!

¿Qué hice? ¿Qué pasó? ¿Levanté antes el pedal?

Por puro reflejo alejé la cara, pero el accidente ocurrió en fracción de segundos. En un instante mil abejas me picaban en todo el brazo. Lo tenía enrojecido. El dolor hasta el cuello y cerca de la oreja era espantoso.

El patrón coreano, habituado a la exactitud sin demora ni excusas, empezó a gritar. No entendía su idioma, pero me quedó muy claro su enfado

---

<sup>8</sup> *El tiempo es dinero*, frase atribuida a Benjamín Franklin, prócer estadounidense (1706-1791), incluida en el libro *Consejos para un joven comerciante*, de 1748.

y según la dirección en que apuntaba su dedo deduje que no quería problemas y ordenaba que me largara. El tío Palín intentó explicarle, pero finalmente me avisó que no podía seguir trabajando allí, primero por la quemadura y segundo, porque su jefe le dijo que yo estaba despedido.

El regreso a casa fue un suplicio. Lloré todo el camino a causa del dolor en el brazo, pero más por el golpe en el amor propio. La caminata, el trayecto en autobús y el otro tramo a pie por aquellas largas cuadras angelinas debió servir para que se calmara el sufrimiento, pero eso no ocurrió.

Lo único que me daba aliento era pensar que mi familia me llenaría de cariño y palabras de consuelo. Esperaba los abrazos de mi mamá, como una reminiscencia de aquellos días cuando con frecuencia me enfermaba y hasta me cargaba como un bebé a pesar de que ya tenía unos 5 años. Asumí que por ser un muchacho obrero y por haberme quemado accidentalmente, mis papás y hermanos sentirían lástima de mí.

¡Qué si no! Nadie me consoló.

Uno tras otro, se limitaron a decirme que si seguía con mi terquedad de trabajar en lugar de estudiar, aquel tipo de lesiones y dolores era lo que me esperaba:

—¡Esa quemadita no es nada, ocurren cosas mucho peores en las fábricas! ¡Así que te aguantás y dejás de chillar! ¡Nadie te esta pidiendo que trabajes!

—Eso te pasa por desobediente.

—Ojalá así aprendas a seguir los consejos.

—¡Te lo dije!

Estoy convencido de que a mi mamá se le partía el corazón al verme así y sentía ganas de consolarme, pero no lo hizo. Nadie lo hizo.

A los pocos días se reventaron las enormes ampollas que se formaron en el brazo y el dolor empeoró. No podían vendarme porque la gasa se me pegaba en la herida. Me aplicaban crema, pero era como si me echaran sal.

—¡Pero si solo fue un instante de vapor y cómo me quedó lastimado todo el brazo! —exclamaba yo, con lágrimas.

No había postura cómoda posible para dormir. En un descuido me rozaba dolorosamente la sábana. Fueron insomnios que me encerraban en un laberinto de enojo conmigo mismo.

Lentamente, en el silencio de la madrugada, aquel accidente me ayudó a descubrir otro rumbo para mi vida; entonces, empecé a escuchar de una forma nunca antes experimentada las voces de mis padres.

Mi rebeldía absurda me llevó a darme cuenta de las consecuencias.

Me lo dijeron tantas veces:

—¡La fábrica de ropa es muy dura, mejor estudiá para lograr un empleo con mejor paga y sin tanto riesgo!

—¡Estudiá y podrás ganar un mejor sueldo por hora sin matarte tanto!

—¡Esforzate por estudiar; nosotros te apoyaremos para que tengas un mejor futuro!

Hasta en sueños escuchaba el eco de la voz de mis padres diciéndome lo mismo en una llanura del pueblo, en un edificio altísimo o en alguna calle desconocida que se movía extrañamente.

No sé por qué durante tantos meses creí que aquellos consejos eran mentiras, que querían manejar mi vida, que yo era libre y podía decidir correctamente sobre mi propio porvenir. De hecho, esto último era posible, pero no tenía todos los elementos de juicio y por lo tanto no estaba preparado para tomar la decisión correcta. Típico adolescente.

Los días restantes de las vacaciones no fueron nada placenteros, pero me sirvieron para pensar que las tareas complicadas de la escuela, las prolongadas explicaciones de los maestros, unas cuantas horas en un aula no eran prácticamente nada en comparación con la extenuante labor de una fábrica de ropa, y quienes laboraban allí lo hacían por una imperiosa necesidad.

## M I G R A N T E

Creo que no estaba respetando la valentía de tantas personas que permanecían en ese trabajo, por años y años, a falta de otro tipo de oportunidades.

—¡Mejor voy a estudiar! —les anuncié a mis padres y a mis hermanos mayores—. ¡Prometo que me esforzaré para ganar los grados, pero que se me quite ya el dolor de esta quemadura!

Mamá y papá solo sonrieron.

Tan pronto comenzaron las clases, regresé a la secundaria prácticamente convertido en alguien más. Quería aprender a cambiar mi mundo, a encontrar otro horizonte mejor para mi existencia y la de mi familia, quería respuestas frescas, amplias, profundas, pero, sobre todo, quería hacer nuevas preguntas para resolver nuevos problemas.

De alguna manera aquel accidente que me quemó la piel del brazo también incineró mis ideas infundadas, infantiles y caprichosas.

En la vida no hay atajos.

De los errores hay que aprender.

En unas cuantas semanas la lesión cicatrizó y me creció nueva piel, pero esa experiencia me marcó y me sigue dando la oportunidad de convertirme en una nueva persona con el paso de los años.

Yo soy Marcos Andrés Antil, empresario de mercadeo digital, fundador de la compañía XumaK en Los Estados Unidos que ha tenido oficinas en Los Ángeles, Miami, Colombia y también en Guatemala, con clientes en más de 26 países, entre los cuales se encuentran empresas del *Fortune 500*.

Soy hijo de Marcos Andrés, nieto de Marcos Andrés y bisnieto de Marcos Andrés, el cuarto de nueve hermanos, nacido en una familia del pueblo maya q'anjob'al. A los 5 años me salvé de morir en la mitad de la niebla gracias a que mi mamá, Lucín Cuxin, en una situación de extrema

## M I G R A N T E

carencia, no dudó en vender su ropa para poder pagarle a la curandera que me salvó la vida.

Soy el que a los 14 años, cruzó indocumentado la frontera sin la compañía de un familiar, como tantos miles de menores lo hicieron en aquel entonces por la guerra y hoy lo siguen intentando para huir de la pobreza, el hambre y la violencia criminal. Soy el que al estudiar en la *High School* de Los Ángeles California deseaba llegar a ser abogado o médico y a quien le apasionaba estudiar las ciencias políticas, pero por no tener entonces recursos económicos ni un estatus migratorio formal, prácticamente se le vedó el acceso a la mayoría de las universidades; soy el que, al laborar como simple ayudante de jardinero en los fines de semana, encontró un inesperado *link*<sup>9</sup> hacia la industria tecnológica.

Esta es mi historia.



---

<sup>9</sup> Vínculo o conexión



Yo soy Marcos Antil, guatemalteco, maya q'anjob'al, migrante, padre de familia, empresario tecnológico, fundador de la compañía XumaK en Estados Unidos, Colombia y Guatemala. Con clientes en más de 25 países entre los cuales figuran empresas del *Fortune 500*. Nací y crecí en Santa Eulalia, Huehuetenango, Guatemala; a los 14 años migré indocumentado a EE. UU. sin la compañía de algún familiar, huyendo de la guerra —como lo siguen intentando miles de menores de la región para huir de la pobreza, el hambre y la violencia criminal—. Estudié la secundaria y la universidad en California. Trabajé como ayudante de jardinero los fines de semana y así encontré una inesperada conexión hacia la industria tecnológica. Emprender ese camino me llevó a superar límites que parecían insuperables, para transformar mi realidad, la de mi familia y la de mi comunidad.

Esta es mi historia.



[WWW.MARCOSANTIL.COM](http://WWW.MARCOSANTIL.COM)

